



## Mujeres

Por: Justo Andrés Concha  
Marzo de 2019

Hoy es 8 de marzo de 2020 y es el día internacional de la mujer. Mientras se desarrolla una masiva marcha en las calles de Santiago, más que hablar de ellas en general o rendir un homenaje me predispuse a revisar la influencia de las mujeres en mi vida y en lo que soy en la actualidad.

A lo largo de la vida, uno conoce a mucha gente e intercambia más o menos con aquellas personas. Hay relaciones circunstanciales, otras más formales y a pesar de que con un simple saludo ya existe un grado de influencia, sin duda que en aquellas relaciones afectivas la trascendencia es más intensa.

Silo dice “tus padres y los padres de tus padres se continúan en ti”. Las mujeres más importantes en mi vida, sin duda son aquellas que forman parte de la familia, porque ellas están en el día a día presentes o copresentes. El matriarcado comienza, como en el caso mío, con las abuelas. Hoy en día, las abuelas son muy jóvenes, más que de edad en actitud. Yo soy el hijo menor de una hija menor, por lo que mis abuelas para mí fueron viejitas y no conviví mucho tiempo con ellas, sin embargo, su impronta estaba viva en la forma familiar. Mi abuela materna crió a sus hijos prácticamente sola. Tuvo 8 hijos y la menor, mi madre, fue póstuma. Mi abuelo falleció de una pulmonía a principios de 1930, luego de unas semanas, nació mi madre. Viuda apenas pasados los 30, mi abuela siguió su vida siendo el único sostén de la familia hasta que los tíos mayores tuvieron la edad suficiente para trabajar. Se las ingenió con su gran habilidad culinaria y capacidad de trabajo. Fue una mujer muy fuerte que no dudaba en pegarles unos cosquiches a sus hijos, aunque estos tuvieran más de 40 años. Conviví sólo 4 años con ella, pero fueron suficientes para convertirme en su regalón. Ahora, ella es una figura difusa en lo visual pero una referencia en lo moral.

Con mi abuela paterna, la cosa fue distinta. A pesar de vivir en la misma casa hasta los 8 años, la relación fue un tanto distante. No era una abuela acogedora, sino por el contrario, tenía una postura dura, seria, hasta arisca. Más tarde, comprendí que detrás de esa postura, había una mujer muy tímida que escondía sus sufrimientos, pero con una fortaleza encomiable. Perdió a una hija adolescente en un trágico evento y luego debió soportar la partida de otros dos hijos y su marido. Siempre se dice que la pérdida de un hijo es de los dolores más intensos que puede sentir una persona y ella, lo experimentó con 3 de los suyos. Era una mujer piadosa, quizás eso le ayudó a comprender en mejor medida dichas pérdidas.

En este relato testimonial, el orden es genealógico, por lo que es el turno de mi madre. Este comentario trata de justificar por qué no partí con ella siendo la mujer de mi vida. Como ya lo mencioné, mi madre no conoció a su padre, por lo que su gran referente fue mi abuela. Por otro lado, la imagen paterna fue suplida por sus hermanos mayores. Uno de ellos falleció en Argentina, siendo mi madre una adolescente. El segundo, fue como su padre, incluso cumplió el rol de padrino en su matrimonio y es por quien le vi derramar las más sentidas lágrimas cuando falleció ya viejo.

Mi madre, que partió hace unos pocos años, quedó viuda a los 51 años con 4 hijos. Ella siempre fue el centro de la familia, en un tiempo donde la imagen del padre proveedor y la madre dueña de casa era el modelo. La madre estaba siempre allí con uno, cuidándote cuando te enfermabas, en el primer



día de escuela, en tus momentos tristes y felices. Mi madre es una mujer romántica, idealista, escritora desde joven, fuerte y protectora. Cariñosa a su manera, incondicional de sus hijos. Es la matriarca por excelencia, aquella alrededor de la cual, funciona la familia con una fuerza de gravedad que lo atrae todo. Es la razón por la cual les digo a mis hijos, la madre es la persona más importante de la vida. Ya viejita, se le olvidaban las cosas y con paciencia debíamos escuchar una y otra vez sus aventuras, muchas de ellas inventadas no intencionadamente, pero tratamos de disfrutarla y regalonearla hasta el último momento porque ella representa el amor en su más profunda dimensión.

Somos 4 hermanos, dos mujeres y dos hombres. Las mujeres son las mayores. Ellas me co-criaron. Ambas representan modelos muy relevantes en mi vida también. Siento su protección día a día, desde los años en que me cuidaban para dejar a mi madre hacer las labores de la casa. Con la mayor íbamos al cine, veraneamos juntos y me iba a buscar al colegio cuando me enfermaba. Con la otra fui su pareja de baile involuntario y su compañero de juegos cuando bebé. Fui uno de los primeros beneficiarios de sus primeros sueldos. Ambas muy cariñosas y cercanas.

La adultez, se supone se caracteriza porque el individuo inicia su propio proyecto de vida de manera autónoma. Una de las opciones dentro de ese proceso es la formación de la propia familia en el eterno juego de apropiarse de cosas y gente. Cuando curvaba los 25 años, conocí a la que hoy es mi esposa. Ella, compañera de trabajo, mayor, separada y madre de una hija se cruzó en mi vida, claro no por casualidad. Venía saliendo de un momento duro de su vida y me llamó la atención su fortaleza y empuje para salir y sobrevivir. También me conmovió su alto valor moral, una moral diferente, diferente a la predominante con tanto apego la tradición judío-cristiana. Una moral superior y esencial. A través de ella conocí el humanismo y el siloísmo y me encontré con una forma de ver la vida que coincidía con la visión que ya había forjado en mi adolescencia y se alejaba de los determinismos predispuestos por un pesado paisaje de formación. Ella representaba todo lo contrario a lo cual estaba predestinado y representa el momento fundamental de mi vida donde se modifica mi paisaje de formación. Detrás de una aparente fragilidad esconde una tremenda valentía, que muchas veces ella misma no la reconoce. Ella es mi partner, mi apoyo, mi consuelo, mi placer, la fortuna que guarda el corazón.

Al principio, no pretendí ser el padre de su hija porque ella tenía el suyo y estaba muy presente, más de lo que yo hubiese querido que estuviese. Costó el encaje ¿Cuál es el rol más adecuado? Ninguno en particular, había que dejarse llevar y fluir con el suceder. En el día a día estaba mi padre y los hermanos de mi madre, un modelo de ser que va más allá de la relación consanguínea. Y comprendí que padre es quien da dirección. Es un intangible, es como el concepto de hogar que no tiene que ver con una casa. Dejé que me llamara por mi nombre y no me importó. Me molestaba que se fuera todos los fines de semana y no estuviera en momentos importantes de nuestra nueva familia. Ahora sé, que su modelo de familia es el nuestro. Yo sé que me quiere y valora lo que he tratado de aportar en su vida. Yo la amo como hija. Ahora es una mujer y emprendió su propio camino. Ella es activa en la vida, idealista, apasionada, intensa y con una gran fuerza radiadora.

Tengo sobrinas hermosas también. La mayor fue una verdadera luz cuando llegó. Fue el momento más feliz para nuestra familia después de la muerte de nuestro padre. Yo creo que todos sentimos que él reencarnaba en ella. Y si, la vida es caprichosa, la familia crece siempre. Se te fue un amor y llega otro, aunque en realidad el otro nunca se va.

También podría mencionar a profesoras, amigas, tíos y un sinfín de mujeres relevantes, pero resalto un concepto que es el denominador común, las mujeres que amo son por sobre todas las cosas, seres fuertes y luminosos que han sabido encontrar su lugar en esta vida y eso ha marcado mi propia vida e influido en mi pensar, sentir y actuar.